

JUEGOS
DE
GUERRA

DAMIÁN
VALDÉS
DILLA

Conversación
con YAYSIS OJEDA
BECERRA

fluxus

Rialtaediciones

Serie FluXus

Coordinada por Carlos A. Aguilera

Edición realizada con el apoyo de

— IN
CUBA
DORA

D. R. © Damián Valdés Dilla, 2023

D. R. © Yaysis Ojeda Becerra, 2023

Primera edición: agosto de 2023

ISBN: 978-607-59362-7-7

Publicado bajo el sello RIALTA EDICIONES

Santiago de Querétaro

www.rialta.org

D. R. © Carlos Aníbal Alonso Castilla (RIALTA EDICIONES)

Av. Sonterra #3016-18, Santiago de Querétaro 76177, Querétaro, México.

Conversación con Damián Valdés Dilla

YAYSIS OJEDA BECERRA

El vacío le angustia, se anuda las botas, salta por la ventana y queda estático en el aire. ¿Duerme?, ¿se ha despertado?, ¿imagina? Está suspendido a una altura desde donde puede visualizar escenarios sin apenas horizontes. Empieza a flotar, extiende los brazos y roza con la punta de los dedos la superficie del papel. La ausencia de elementos le perturba, necesita llenar los espacios. El vértigo le hace voltear la mirada, mientras dibuja a bolígrafo con líneas precisas. Damián Valdés Dilla teme caer, aunque sabe que no tocaría fondo. Tantas veces ha caído, que ha perdido el sentido del arriba y el abajo, del dolor al golpe, del qué puede ser levantarse.

La nada le abrumba. Se agita y ya no es por la luna llena. Ha logrado controlarla y no supo si fueron los fármacos o la sumisión ante el resplandor. Ha sabido evadir su impecable blancura con la anulación de cualquier atisbo de elementos celestes. ¿Existe él o es la nada que lo ha envuelto? El miedo del paciente a no reconocerse le consume. Es la nada, el vacío, y es cuando empieza a dibujar cada centímetro cuadrado del papel, a desdoblarse en imágenes oníricas de metrópolis sin fin, y en tantos personajes como pueda imaginar; es él en el estampido de las bombas, los ruidos de los coches, los tiroteos, las sirenas de los bomberos y los barcos.

Del salto al vacío surgen las ciudades, en esa necesidad de proyectarse sobre ellas, de multiplicarse, de reafirmar su existencia durante el momento de la creación, de liberarse de miedos. Damián sufre el entorno urbano como espacio físico que le resulta hostil,

agobiante. Descarga sus fobias en tintas sobre cartulinas, las hace notar, quiere que las experimentes del mismo modo; que percibas la invasión sonora, íntima, el riesgo de la dispersión de tu propia personalidad. Nos mantiene expectantes en composiciones de planos generales, donde la narración logra un ritmo continuo de acciones de un extremo a otro del cuadrante, en secuencias cinematográficas que agudizan la tensión del entramado de calles y edificaciones; y otra vez, nos volvemos testigos de un caos de sucesos programados por el artista.

Sus estados de ánimo condicionan los ambientes: los pacíficos saldrían fuera en días de sosiego, los bélicos –en cambio– develarían tempestades internas. Se mueve de unas a otras con total fluidez, en un juego infantil construido por un observador que permanece atento, desde distintos planos aéreos. Se advierte cierta inocencia en la gracia y disfrute por el dibujo, sin otra intención que la de encontrarse a sí mismo.

¿Cuál fue el detonante de las ciudades?

Un día me levanté y dije: “Voy a hacer una ciudad bélica, lo más bélica posible”. Tenía una revista que si mal no recuerdo se llamaba *La Guerra y la Paz*, donde salían todos los modelos que había de aviones y helicópteros, y me ponía a dibujarlos. También veía las películas de guerra y las noticias sobre los conflictos entre países. Los dibujaba por la tensión de las guerras que se vive en el mundo. Recuerdo cuando la Guerra del Golfo, y de aquella tensión que todos vivíamos desde las noticias. La gente estaba nerviosa por lo que fuera a suceder. Tenían miedo y eso les paralizaba, les mantenía expectantes; aunque no pienso en los dibujos como denuncia, no se trata de eso.

Luego, las pacíficas las hago pensando en lugares de paz, quizás por los espacios de tranquilidad que todos necesitamos. Hay quienes me piden una ciudad pacífica porque les atormenta la

cantidad de cohetes que pinto en las que están en guerra. Es como si estuviera haciendo una película y hasta les pongo yo mismo el sonido. Si hay un avión volando, cuando estoy dibujando, me pongo y hago el sonido del avión: “Frmmmmm”. Si hago cohetes volando que acaban de tirar de una catapulta, hago: “Pffffff”; y en las pacíficas hago el sonido de las moticos, de los choques de unas y otras, las explosiones las verbalizo: “Prooomms”. Todo eso me entretiene y me saca fuera de mi realidad. Es un juego también sonoro.

¿Y en cuanto a la disposición de elementos?

En los trabajos de guerra, hago como si estuviera filmando una película bélica, ¿cómo pongo el cohete en posición de disparo? Voy calculando el cohete en dirección a un punto de distancia, algunos no sé adónde van a parar porque no defino objetivos, pero otros van directos a helicópteros y aviones. Se ve la dirección de disparo por las líneas que hago. En las pacíficas prefiero que se vea el recorrido de los peatones, de los choferes, de manera coherente; que se vea cómo doblan las calles, los semáforos, los carritos de bomberos que van a apagar un fuego, mientras también hago con la boca el ruido de la sirena llegando al lugar.

Percibo que por lo general utilizas los mismos materiales y soportes en los dibujos de ciudades y, además, utilizas una paleta básica de colores. ¿Esto responde a algún significado especial? ¿De qué depende?

Bueno, eso parte de la necesidad. Un bolígrafo aparece dondequiera. No es como tener que salir a buscar óleos y acrílicos. Les he cogido apego a los bolígrafos y a los lápices de colores, me siento bien con ellos. Son baratos y se consiguen fácilmente. El pastel es complicado de resolver, aunque me gusta trabajar con

él. Los colores los uso para llamar la atención en zonas específicas. Por ejemplo, el rojo, que para mí significa fuerza, lo pongo en las candelas, al igual que el amarillo. Me encanta hacer cartulinas solo en tinta azul porque son muy relajantes. Me relajo con el azul y me divierto. En cambio, cuando las hago en color negro me altero un poco. Una vez me atreví a hacer cartulinas en tinta roja y cuando terminé el dibujo y me levanté todo lo veía violeta. Algo me hicieron en la vista. Fueron cuatro o cinco [cartulinas] completamente rojas. El médico me suspendió que las hiciera porque me afectaban el cerebro y ya anteriormente había tenido un infarto cerebrovascular.

Cuando observo tus ciudades, tengo la sensación de que las sobrevuelas...

Claro, cuando estoy dibujando me siento el piloto del avión. No el pasajero, porque lo estoy dirigiendo, disparando un cohete, o soltando una bomba. Y si dibujo una moto soy el chofer, no el que va detrás sentado con la metralleta en la mano. Todo lo vivo en carne propia. También si dibujo una guagua, soy el chofer abriendo y cerrando las puertas. Pero no me imagino haciéndolo de verdad, en la realidad, porque no pudiera ni pilotear ni montar un avión, y mucho menos una moto. Cuando dibujo un hombre en la azotea, arreglando una antena, soy ese personaje y el que está en la ventana mirando. Soy, en el dibujo, casi todos los personajillos que se ven durante el momento de dibujarlos, y después de terminarlos me olvido de ellos.

La construcción de sus ciudades responde al eclecticismo de arquitecturas que se mueven entre lo imaginario y lo real; de trazados mentales influidos por el cine y la literatura, donde lo ideológico asoma en guiños con sucesos relacionados al entorno sociopolítico que ha vivido desde que era un niño. Damián lleva en el inconsciente la paranoia de

invasiones y enemigos, que por más de sesenta años ha calado en once millones de sobrevivientes; y por otro lado, desde el humorismo, asume la diversión de situaciones ficticias, que por instantes le hacen alejarse de la cruda cotidianeidad de apagones, hambrunas, goteras, falta de medicamentos y medios de transporte, entre otras tantas necesidades materiales.

Del mismo modo, se aprecia en el planteamiento de las urbes cierta curiosidad por lo foráneo, lo desconocido, lo nunca antes visitado, frente a la imposibilidad del viaje que condiciona al cubano de hoy.

La idea de viajar no la tengo en mente de manera directa, es que me chocaría verme dentro de un avión, no sé cómo sería eso. Tendría que entrar con cuatro diazepam para poderme montar en avión. No pienso en viajar, aunque de muchacho sí, cuando aquello de los balseros en los noventa por poquito me voy. No me fui porque tenía al hijo mío acabado de nacer. Eran momentos duros, uno estaba con el ansia de viajar, de irse, ya no, ya se me han pasado todas esas cosas. Si algún día viajo, felicidades, pero no lo tengo como algo específico. Creo que me es difícil pensar en volar por los temores que me da la enfermedad, por el pánico de verme dentro de un carro, dentro de un avión, de verme dentro de un helicóptero. No puedo hacer esas cosas, psicológicamente me pongo en *shock* de solo pensarlo, es como si dibujara desde mis temores, tratando de aliviarlos.

¿Has pensado qué sucedería si pudieras viajar?

He soñado despierto una pila de veces y me digo: “¡Coño, me voy a ir de este país que me tiene más loco por días!”. Ahora, si ocurre, el lío va a hacer cuando me vea dentro de un avión, que aunque me quiera bajar no voy a poder hasta que termine la travesía. No aguanto más de veinte minutos metido en una guagua, en un carro, y menos aguantaría en un avión. El pánico a volar es más fuerte que mis ganas de viajar o irme de este país. No pudiera, no puedo.

Luego, me pongo a pensar en el deseo de viajar de la gente a mi alrededor. Veo que la gente siempre está viajando. Ahora mismo se van muchísimos de un tiempo a esta parte. Para los demás, ya montarse en un avión es más fácil que montarse en una guagua. Montarse en un P11 a las doce del día es mucho más difícil que montarse en un avión para irse a Nicaragua, los Estados Unidos, España o Francia. La gente viaja y sale del país atrozmente. Todos los días me entero de alguien que se acaba de ir. Ya es mucho esto. Todos se van. ¿Quiénes quedaremos? Pero veo bien que la gente progrese y que mejoren en su estatus de vida, a mí sí me daría miedo hacerlo.

Al contrario de lo que suele ocurrir en los procesos artísticos, su obra escultórica a gran escala es el antecedente de la dibujística; la cual surge como alternativa a sus frustraciones de no poder desarrollar y conservar ensamblajes de tal magnitud. Se trata de maquetas de ciudades, de fábricas de agua y de petróleo, de bases militares que ensamblaba a partir de desechos que recopilaba de las calles y los basureros.

En el caso de las fábricas de agua y petróleo, son piezas que parten del asombro; y que, sin ser una intención marcada del autor, reflexionan sobre el absurdo de una carencia primaria: la ausencia de agua en una isla rodeada por agua, inundada de ríos, presas y manantiales. Damián construye sus propias fábricas de agua y apunta hacia el derecho de todo ser humano de acceder a los recursos naturales dentro de su territorio. La maldita circunstancia actual, de la carencia de agua por todas partes, atormentaría otra vez al propio Virgilio Piñera, al punto de rescribir su mítico poema; mientras Damián intenta solucionarlo en su imaginario con la construcción de fabulosas fábricas.

Las maquetas como tal suelo hacerlas con metales, desechos de equipos electrónicos, alambres y cables. Surgieron para llevar a físico las cosas que imaginaba, que veía mientras me quedaba

entretenido en mi mundo, y que a veces soñaba. Por ejemplo, una vez soñé con una base militar, que era como la base naval de Guantánamo. Soñé que era una cosa grande, que había submarinos, y todo lo llevé a la maqueta. Tuvo tremenda crítica negativa en el Municipio de Cultura de Alamar, me decían que yo era un militarista, que incitaba a la guerra y a la violencia, que si no sé qué cosa y qué sé yo, les faltó poco para decirme terrorista. Al final me desalenté y con el disgusto la desarmé por partes y un pedazo lo dejé como pacífico. Tuve que venderla por partes: el submarino, el portavión, la fragata, todo tuve que venderlo por [pedazos] independientes porque la gente de Cultura me frenó el impulso que tenía con ese tipo de obra. Nunca pensé que alguien lo pudiera considerar importante dentro de mi trabajo.

Después vinieron las maquetas de las fábricas de agua. Hice la de la antigua fábrica La Cotorra a partir de una idea que me surgió sobre el agua Ciego Montero. Veía a todo el mundo con los pomitos de agua Ciego Montero y me llamaban la atención por el calor que hace aquí. No todo el mundo podía andar con esos pomitos. Entonces, me dije, vamos a hacer algo con el agua, a partir de la necesidad de agua que hay en Alamar, en Cuba y en el planeta entero. Me parecía increíble que la gente no tuviera agua potable, agua buena, algo tan básico. Hay todo un negocio con el agua. No logro entender cómo unos no tenemos agua y otros te la venden, inconcebible para mí; o que estemos sin agua en este país, ¡con lo que llueve aquí! Estas fábricas las hacía a modo de llamado, salían de mis sueños, de mis pensamientos.

¿Y las fábricas de petróleo?

Es que de muchacho estuve trabajando en la refinería Níco López, en el laboratorio, para hacer los experimentos con el petróleo y el gas. Tenía toda esa estructura de la fábrica en la mente: las tuberías, los tanques. Cuando aquello tenía diecisiete años y empecé

procesando gas, hacía las pruebas del gas manufacturado y las pruebas de petróleo. Estaba de ayudante y me relacioné mucho con el mundo de las fábricas. Todo viene siendo cosas que me llegan de pronto.

Luego vinieron las esculturas de vehículos y artefactos voladores que también llevó al dibujo. Se trataba de ensamblajes de guaguas, motos, coches, incluso híbridos de móviles rodantes o con extensiones para el vuelo, cuyas partes quedaban ensambladas a partir de una red de alambres como única sujeción de pequeños objetos de disímiles procedencias y usos. En ese tejer continuo, donde hilvanaba reflexiones de índole social, sobre “el que tira” y “el que recoge”, planteaba, además, una envoltura metálica que otra vez acudía a la idea del viaje y a la invención de medios de transporte como herramienta para intentar congeniar con sus fobias.

Una vez me dije: “Bueno, voy a hacer un zepelín”, porque me impresionó un lío que hubo con los Estados Unidos. Decían que iban a poner un zepelín para tirar para acá Tele Martí. Salió en la televisión y estaban anunciando aquel zepelín que nunca pusieron, o al menos aquí no se ha visto esa señal todavía. Después empecé a recrearme con la idea, hice un zepelín armado con esto y con lo otro, y gustó tanto que no he parado de hacerlos.

¿Cuáles móviles u objetos sueles disfrutar más durante su construcción?

De todas las cosas que he hecho en esculturas, lo que más disfruto son los helicópteros y aviones. Los aviones los veo casi todos los días pasar, imagino para Europa, se ven chiquiticos y deben de ser grandísimos. Como ya te comenté, no puedo montar guagua por el pánico que padezco, y menos avión. Creo que me intriga lo que no puedo hacer. Yo no me imagino dentro de un avión. Para

sentarme en uno tendría que entrar borracho porque me daría tremendo miedo. Debe ser algo cerrado, suspendido en el aire, que no puedes salir de él hasta que aterrices. Y los helicópteros los veo también casi todos los días, pasan rasante, fumigando, y me quedo atento al sonido que hacen. La gente se para en los balcones a mirarlos y empiezan: “Mira el helicóptero, míralo”. Me impresionan y los observo desde niño. Mira, hace rato que no pasa una avioneta naranja, que yo solía dibujar mucho. También disfruto hacer los carritos, las moticos, lo que uno ve cotidianamente, el avioncito, la guagüita, esas cositas. En general me encanta inventar todos los artefactos voladores y todo lo que sea de transportación, es que lo del transporte aquí es una cosa seria, tan seria como inaudita.

Recuerdo que antes, de muchacho, me colgaba en las guaguas y en los camiones, patinaba y solía ir en bicicleta a toda velocidad, hacía cosas peligrosas en la carretera, pero eran otros tiempos. Ahora prefiero relajarme recogiendo alambritos, tuerquitas, lo que encuentre a mi suerte; inventando, mientras veo cómo todo a mi alrededor se desmorona, se degrada, son ruinas que se caen a trozos y que intento retener. Prefiero seguir metido en mi mundo, que crece como mis ciudades, para mí infinitas, monumentales, intactas, y que van de mi cabeza a la cartulina.

Índice

Agradecimientos |5|

Vuelo interior: aquí nadie habla de arte |7|

YAYSIS OJEDA BECERRA

Ciudades y artefactos |11|

Esculturas |49|

Maquetas |93|

Poemas y dibujos |119|

Conversación con Damían Valdés Dilla |145|

YAYSIS OJEDA BECERRA

Sobre las obras |155|

Sobre el autor |157|